



## Capítulo 163

La ciudad desértica de Colony había estado inusualmente ruidosa últimamente.

La causa no era otra que el proyecto de reconstrucción de la capital.

La capital había sufrido daños importantes debido a los ataques del Escorpión y el Cuerno de Nieve.

Aunque no toda la capital había quedado destruida, una parte de la muralla se había derrumbado por completo, el palacio real había quedado destruido y los distritos norte y este de la capital habían sufrido graves daños.

Ante esta situación, Carmaxes III tomó una decisión audaz: utilizar el tesoro nacional para restaurar la capital.

Por supuesto, era evidente que esto afectaría negativamente al gobierno de la nación más adelante, pero gracias a esta decisión, la capital se estaba reconstruyendo a un ritmo muy rápido.

Sin embargo, Carmaxes III tenía otra grave preocupación rondando por su mente.

«¿Estás diciendo que el daño causado por el Shimoon, o más bien, por las extrañas puertas, está aumentando?».

«Sí».



«Ja, un caso perfecto de desgracia tras desgracia».

Suspiró profundamente y, tras pensarlo un poco, preguntó: «¿Qué hay de los daños reportados dentro de Colony?».

«Por el momento no hay muchos, pero es probable que pronto empiecen a llegar informes de daños desde diversos lugares».

«¿Y las Baba Yagas?».

«... Aparte del Golden Flash, actualmente están siguiendo nuestras directrices, pero a este ritmo, es posible que pronto alcancen su límite».

Al escuchar el informe del secretario, el rey volvió a sumirse en una profunda reflexión.

Como había dicho el secretario, por ahora, las Baba Yagas manejaban las extrañas puertas en consonancia con los intereses del reino, pero eso no duraría mucho tiempo.

Aunque las cinco Baba Yagas podían considerarse la mayor fuerza de Colony, no formaban parte oficialmente de la nación.

Eran simplemente gladiadores del Coliseo, libres de ir y venir a su antojo sin ninguna obligación de permanecer vinculados a Colony.

Suspirando de nuevo —no sabía cuántas veces lo había hecho ya—, se rascó la cabeza con frustración.

«Hasta ahora todo había ido bien».





Desde hacía tiempo se había planteado la posibilidad de incorporar oficialmente a los Baba Yagas al Estado.

Pero Carmaxes III —no, desde el primer rey— había habido una razón por la que las cinco Baba Yagas recibían un generoso apoyo sin formar parte del aparato nacional.

La razón era la conveniencia.

La razón por la que Colonia, situada en un desierto, había logrado prosperar hasta tal punto no era otra que el Coliseo.

Sin embargo, el primer rey que concibió inicialmente el Coliseo y las Baba Yagas tenía un objetivo que se inclinaba más hacia asegurar la fuerza militar que hacia la mera prosperidad.

Colonia poseía numerosas minas de oro sin explotar que no existían en otras naciones.

Como resultado, antes de convertirse en un reino unificado, Colony se enfrentó a una escasez de recursos y a la constante amenaza de invasión por parte de naciones extranjeras.

Para hacer frente a esta situación, el primer rey ideó un método.

Fundó el Coliseo y comenzó a reunir a poderosos guerreros de todo el territorio que no estaban afiliados a ninguna nación específica.



Entre ellos, los que ocupaban los cinco primeros puestos recibían un trato mejor que el de los nobles, aunque no estuvieran vinculados oficialmente a Colony.

El título de «Baba Yaga» se creó específicamente para avivar la ambición de los guerreros fuertes.

Las intenciones del primer rey resultaron efectivas.

En ese momento, guerreros independientes de todas partes acudieron en masa a Colony, atraídos por el dinero, la fama y el estatus.

Colonia, que se había quedado rezagada con respecto a otras naciones en términos de poderío militar, reforzó su fuerza con los gladiadores del Coliseo.

En sentido estricto, se trataba más bien de un espectáculo, pero fue suficiente.

El sistema no estaba destinado a lanzar invasiones, sino a defender la nación de amenazas externas.

Los gladiadores y las Baba Yagas hicieron honor a sus nombres, justificando el sistema.

Además, para el rey y la colonia, este sistema ofrecía numerosas ventajas.

Dado que no eran miembros oficiales del reino, era imposible ejercer un control total, pero mientras fueran beneficiarios de los recursos del reino, se podía mantener un cierto grado de influencia.





Y si alguna vez causaban problemas, el reino no se haría responsable de sus acciones.

En resumen, el sistema permitía al reino aprovechar las fortalezas de estos individuos poderosos sin involucrarlos políticamente ni debilitar la monarquía.

Sin embargo, todo eso era cosa del pasado.

Con la aparición de las extrañas puertas, la situación había cambiado.

«Necesito controlar a las Baba Yagas».

Por supuesto, la situación no era lo suficientemente urgente como para requerir una acción inmediata.

Las compuertas actuales eran problemáticas, pero aún no suponían un daño catastrófico.

Sin embargo, sin duda otros reyes también estaban contemplando cómo lidiar con las extrañas puertas a las que podrían enfrentarse en el futuro.

«Las extrañas puertas están evolucionando».

Incluso ahora, ¿no se han convertido en algo parecido a las puertas desastrosas?

¿Y si estas puertas evolucionan hacia una forma aún más avanzada?



¿O qué pasaría si no evolucionaran, pero comenzaran a causar una destrucción mucho mayor que la actual?

«Si esperamos hasta entonces para responder, será demasiado tarde».

Para Colony, más que para cualquier otra nación, esto era cierto.

Para Carmaxes III, incorporar oficialmente a los Baba Yagas al reino era una prioridad a largo plazo.

Entre ellos, en quien más se centraba era...

«... El Rayo Dorado. Debo encontrar la manera de atraerla a nuestro bando».

El Rayo Dorado ya se había convertido en una existencia cualitativamente diferente de las demás Baba Yagas.

Por lo tanto, se convirtió en alguien a quien debían proteger a toda costa.

Sin embargo, no era una tarea fácil.

Desde el principio, no se dejó llevar por el dinero ni la fama.

El único que podía influir en Seolrang era...

«El marqués Palatio, y nadie más».





En otras palabras, a menos que primero pudieran ganarse al marqués Palatio, era imposible atraer a Seolrang a su bando.

Carmaxes III, lidiando con el asunto, finalmente murmuró para sí mismo: «¿Es esa la única manera?».

Como si hubiera tomado una decisión, habló con determinación.

«... ¿Cuánto tiempo queda para el baile en Lartania?».

«Quedan dos meses», respondió la secretaria.

Entonces, Carmaxes III pensó: «Lo resolveré allí».

Sus ojos brillaron con determinación.

\*\*\*

En ese momento, Lime, la secretaria de Seolrang, se encontraba en lo alto de uno de los edificios recién reconstruidos que habían sido parcialmente restaurados en menos de dos meses.

«Hum... Eso debería bastar», dijo Seolrang.

«... ¿No es así?», preguntó Lime mientras retiraba las manos de las orejas de Seolrang.

«No».



«Pero creía que lo había hecho de forma muy similar a él».

«No es igual que como lo hace el maestro».

«¿En qué parte difiere?».

«Mmm... Cuando lo hace el maestro, se siente como...».

Seolrang frunció ligeramente el ceño, buscando en su memoria, y dijo: «... como si hubiera un suave «empujón»».

Se tumbó donde estaba, se tapó los oídos con las manos y murmuró con voz teñida de melancolía.

«Extraño al maestro...».

Lime se rascó la cabeza mientras retiraba las manos, que había levantado torpemente.

«... Parece estar peor que antes. ¿O tal vez, dadas las circunstancias, esto sea en realidad mejor?».

Lime recordó el comportamiento de Seolrang antes del incidente.

En aquel entonces, a menos que ocurriera algo extraordinario, se pasaba los días tumbada, con cara de aburrimiento, excepto cuando hacía ejercicio o se ponía de cabeza.





¿Y ahora?

Desde que ella misma cavó y enterró las tumbas de los miembros del gremio que estaban en él durante el incidente, el estilo de vida de Seolrang había vuelto a ser algo parecido a su rutina anterior, excepto por el perfeccionamiento de una nueva habilidad que había adquirido.

Sin embargo, dos cosas habían cambiado notablemente.

«Quiero volver a sentir ese impulso...».

A menudo decía cosas así.

Y, a diferencia de antes, su expresión anteriormente aburrida ahora se veía a menudo reemplazada por una leve sonrisa en las comisuras de sus labios.

Lime se agachó para ponerse a la altura de Seolrang, que estaba tumbada y se tapaba los oídos.

«¿Lo intento una vez más?».

«Mmm... No es lo mismo en absoluto...».

«¿En qué se diferencia?».

«Si lo que hace el Maestro es un 1, entonces lo que hace Lime es más o menos... un 0,3».

«Eso es... una gran diferencia».



Sin darse cuenta, Lime se encontró con una expresión ligeramente enfadada.

«¿Qué lo hace tan diferente?», se preguntó.

Mientras tanto, Seolrang, ajeno a la reacción de Lime, murmuró en voz baja:  
«¿Debería acercarme a visitarlo?».

\*\*\*

El viaje de regreso al marquesado de Palatio transcurrió sin incidentes.

«A los establos».

[Comprobado].

«Oficial asistente».

[Confirmado].

«Bastardo con cabeza de serpiente».

[¿Qué problema tienes? Tú lo aceptaste, ¿por qué te quejas ahora?]

«... Porque sí».





De vez en cuando, Evan y Basiliora discutían, pero, aparte de eso, disfrutaban de momentos de paz bajo la luz del sol que se filtraba a través del dosel del bosque.

Gracias a ello, Alon pudo ordenar sus pensamientos con tranquilidad.

«Ahora que he conseguido los , debería ir pronto a Lartania para utilizarlos».

Recordando las condiciones necesarias para usar el artefacto, sacó el Bastón del Sagrado de entre sus pertenencias.

A pesar de su nombre, el Bastón del Sagrado tenía forma de guante.

Era un objeto que necesitaba desesperadamente.

«... Si no recuerdo mal, ¿sus habilidades incluyen la estabilización de formaciones y la mejora del maná?».

Una habilidad sencilla, pero que superaba el rendimiento de otros bastones precisamente por su simplicidad.

«Desde el principio quería este objeto, pero para conseguirlo era necesario tener el «Juramento de Lemiel», que estaba en poder de Perion. Por eso tardé tanto en adquirirlo. Todavía no entiendo cómo se convirtió en el objeto clave, pero...».

Alon se encogió de hombros y concluyó que probablemente tenía algo que ver con los elfos antiguos.

Distraídamente, se puso el guante en la mano derecha.



Al principio, el guante le quedaba holgado, pero con el tiempo se ajustó de forma natural hasta adaptarse perfectamente a la mano de Alon.

«Hm~».

Sonrió satisfecho mientras admiraba la base negra del guante adornada con bordados dorados.

Pero entonces, se le ocurrió una idea.

«... Espera, ¿no se suponía que esto tenía una restricción racial?».

La razón por la que había guardado el Bastón del Sagrado en un lugar seguro en lugar de llevarlo consigo todo este tiempo era simple: estaba restringido a los elfos.

En el juego, los jugadores que obtenían el Bastón del Sagrado tenían que completar una misión adicional en Lartania para eliminar su restricción racial antes de poder equiparlo.

Por eso nunca antes había intentado ponérselo. Sin embargo, sin pensarlo, se lo había puesto y se había quedado en su sitio.

Confuso, Alon decidió poner a prueba su magia.

«... Es real. La formación es más estable e, incluso con menos maná, la magia es notablemente más fuerte».





Los efectos eran innegables.

«?»

Aunque se sintió brevemente desconcertado, Alon pronto se alegró.

«... Esto es genial».

Al final, lo único que importaba era el resultado. Por inesperado que fuera, poder eludir la restricción racial y usar el objeto no era nada malo.

Justo cuando una leve sonrisa se dibujaba en sus labios, pensó: «Aun así, debería investigar esto, por si acaso».

Organizando sus pensamientos una vez más, Alon contempló el bosque a través de la ventana.

Era una tarde resplandeciente, con la luz del sol haciendo que las hojas brillaran como joyas.

Aproximadamente una semana después, Alon finalmente llegó al marquesado de Palatio.

Antes de que pudiera descansar, recibió la visita de unos invitados.

Delante de su oficina había una mujer increíblemente hermosa y un hombre detrás de ella.



La pareja era tan llamativa —cualquiera se quedaría sin palabras— que Alon se encontró mirándolos aturdido.

Entonces recordó algo que había mencionado el sirviente.

«Hay un representante de la Compañía Comercial Greenwood que desea discutir con el marqués un acuerdo de distribución exclusiva de adornos de oro. ¿Cómo debemos proceder?».

«Adornos de oro, eh...».

Los adornos de oro eran muy valiosos tanto en su mundo anterior como en el actual.

Aunque su territorio contaba ahora con ingresos estables, merecía la pena escuchar los detalles de la propuesta.

Pero...

«Estos dos no parecen comerciantes».

Su aspecto era impecable, del tipo que suscita elogios universales.

Mientras Alon se sentía inconscientemente atraído por la mirada de la mujer...

Goteo...

«?»





Lo vio.

Una sola lágrima rodó por su mejilla y recorrió su rostro.

Entonces...

«Sniff...»

«???»

La hermosa mujer, que hasta ese momento lo había estado mirando con expresión firme, de repente rompió a llorar desconsoladamente.